

LA HIJA DEL  
ALQUÍMISTA

— ㄷ ㄹ ㄺ ㄻ ㄼ ㄽ

KAI MEYER

bóveda

Título original: *Die Alchimistin*

Editado en Alemania por Wilhelm Heyne Verlag GmbH, München

Primera edición: 2010

© Kai Meyer, 1998, 2007

© traducción: Patricia Losa, 2010

© de esta edición: Bóveda, 2010

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)

ISBN: 978-84-937430-3-1

Depósito legal: M-32.446-2010

Impresión: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

LIBRO PRIMERO. 1897 .....	13
Capítulo 1.....	15
Capítulo 2.....	55
Capítulo 3.....	105
Capítulo 4.....	127
Capítulo 5.....	155
Capítulo 6.....	173
Capítulo 7.....	191
Capítulo 8.....	209
Capítulo 9.....	237
Capítulo 10.....	265
Capítulo 11.....	293
LIBRO SEGUNDO. SIETE AÑOS DESPUÉS. 1904 .....	323
Capítulo 1.....	325
Capítulo 2.....	363
Capítulo 3.....	393
Capítulo 4.....	413
Capítulo 5.....	437
Capítulo 6.....	457
Capítulo 7.....	469

Capítulo 8.....	483
Capítulo 9.....	501
Capítulo 10.....	525
EPÍLOGO.....	591
EPÍLOGO DEL AUTOR.....	597

*Para Steffi,  
que lo ha hecho posible.*



Un acertijo de la Edad Media:

*«De un clavo dependía una herradura.  
De una herradura, un caballo,  
de un hombre, un castillo.  
De un castillo, un país».*

Al día de hoy nadie ha hallado aún la solución.



LIBRO PRIMERO

1897



## CAPÍTULO 1

**D**E REPENTE, APARECIÓ EL CASTILLO. El chico echó un vistazo por la ventana mientras el carruaje luchaba por atravesar las dunas, oscilando y resbalando por la arena inestable. Así descubrió el castillo y el mar Báltico, sobre el que aquel se alzaba.

Todo era muy diferente a como se lo había imaginado. Claro, no podía ser de otra manera.

No había torres, ni almenas; el castillo no era de ese tipo. Se erigía sobre una isleta rocosa. Los muros surgían de las claras paredes de piedra como si hubieran ido creciendo directamente del mineral a lo largo de los siglos. El mar yacía oscuro y liso bajo el cielo otoñal; sin embargo, el espumoso oleaje se estrellaba contra la isla, casi como si el agua se opusiera a la tétrica arrogancia del arrecife que se erguía anguloso y mudo sobre su superficie.

El cúmulo de rocas calizas sobre el que se asentaba el Castillo Institoris estaba rodeado por un archipiélago de isletas diminutas e infranqueables, no mayores que una casa. El chico contó cuatro, pero cuando el carruaje completó una curva, se abrió la vista a un ángulo distinto de la isla, que le descubrió

una quinta formación rocosa hasta entonces oculta tras la fortificación. Sobre ella, había un viejo faro decorado con rayas rojas y blancas; un cíclope en estado de descomposición, cuyo ojo luminoso hacía tiempo que se había apagado. Tan solo las gaviotas seguían habitando su balaustrada, desde donde oteaban, vigilantes, el mar.

Pájaros, en suma. El joven se sorprendió de la callada majestuosidad con que navegaban los vientos sobre aquella tierra desierta de infinitos bastiones de arena y valles de dunas, de reducidos bosquecillos de alisos que se inclinaban sobre el terreno, de robles combados por el viento y matojos de genista. Sin embargo, por encima todo, lo que más atraía su mirada era el castillo. Su nuevo hogar.

Cuanto más se acercaban a la orilla, mayor número de pequeños detalles podía distinguir. El Castillo Institoris, al igual que la isla sobre la que se asentaba, había tomado la forma de una herradura, entre cuyos brazos se hallaba un grupo de altísimos cipreses que despuntaban por encima del edificio y obstaculizaban la visión del bloque central. Las alas laterales, por su parte, situadas hacia el este y el oeste, podían distinguirse con claridad: tenían tres plantas y el mismo tono gris que el mar. Tres largas hileras de ventanas, una encima de otra, aparecían bordeadas de blanco, lo que contribuía a resaltar que tras la mayoría no brillara ninguna luz. Los techos eran escarpados, y sobre sus aguilones destacaba todo un regimiento de negras chimeneas situadas una junto a otra. De alguna de ellas escapaban rizadas volutas de humo que adoptaban la forma de hinchados nubarrones.

—Christopher.

No estaba acostumbrado a las voces femeninas, y mucho menos a una que pronunciara su nombre con tanta delicadeza. Apartó la cara un tanto confuso de la ventana del carruaje y sonrió a su nueva madre.

Ella dejó a un lado el libro que había sostenido durante todo el trayecto, pero que no había abierto ni una sola vez, y se inclinó hacia el chico con simpatía.

—Christopher —repitió ella, como si quisiera acostumbrarse al nombre—, en realidad es mucho más comfortable de lo que parece. Te gustará, ya lo verás.

Aquellas palabras delataban un cierto cansancio, como si las hubiera recitado en incontables ocasiones tratando de que quizás, algún día, se volvieran realidad.

No era, no obstante, que Christopher no estuviera feliz. En realidad lo estaba, muy feliz. Quizá esa emoción quedara un poco enturbiada por la confusión, y por supuesto por el miedo a lo desconocido, pero, aun así, sentía una gran alegría o, para ser más exactos, imaginaba que aquello que estaba experimentando era auténtica alegría. No podía estar seguro, puesto que no tenía nada con lo que compararlo.

Charlotte Institoris llevaba un curioso sombrero decorado con caracolas, muy original. El pelo estaba recogido en un moño, y únicamente un par de tirabuzones negros como la pez escapaban bajo el ala del tocado. Sus elevados pómulos destacaban exageradamente en su rostro delgado y ceniciento. No era una mujer hermosa, si bien intentaba aportarle calidez a sus rasgos sonriendo continuamente.

—Estoy seguro de que me encontraré a gusto —dijo, quizá excediéndose un poco con las formalidades.

El hermano Markus, el director del orfanato, le había inculcado lo que debía responder: «Di que te gusta, da igual lo que se te presente. Nosotros no podremos ofrecerte nada mejor».

Para evitar que ella pensara que solo estaba tratando de convencerse a sí mismo, Christopher decidió que debía añadir rápidamente otro comentario, el que fuera.

—Soy un remero experto.

Charlotte le observó un momento, sorprendida, después sonrió con dulzura.

—Tesoro mío, no tendrás que remar. De eso se encargan los sirvientes. Están esperándonos en la playa.

«Tesoro mío». Ya le había llamado así un par de veces. Le hacía sentirse incómodo. Christopher tenía diecisiete años, era casi un hombre y, sin embargo, lo trataba como a un niño, como a su niño. Pero, al fin y al cabo, iba a ser su hijo a partir de entonces.

Sintió que iba a estornudar y cogió aire. Ella le tendió, atenta, un pañuelo limpio. Justo a tiempo.

«Magnífico», pensó él, «debe pensarse que está llevándose a casa a un inválido». Sin embargo, no estaba enfermo, ni siquiera tenía un mal resfriado. Era aquel olor lo que no podía soportar, el olor de los libros. Le daba alergia.

Por fin, el carruaje se detuvo.

Christopher esperó a que Charlotte saliera al aire libre antes de seguirla. Sus pies aterrizaron sobre arena húmeda, y el frío del mar Báltico le dio de lleno en la cara. Apenas unos instantes después, los labios comenzaron a saberle salados.

Un largo embarcadero se prolongaba desde la playa hasta el mar y, en su extremo, aguardaba amarrada una chalupa con las velas arriadas. Tres hombres salieron a su encuentro procedentes de la nave, caminando con estruendosas zancadas que retumbaban sobre los maderos del muelle, y los tres se inclinaron ante Charlotte. Después, saludaron a Christopher con un respetuoso gesto de la cabeza. Aquello era tan nuevo para él que estuvo a punto de romper a reír. Algo más a lo que debía acostumbrarse.

El cochero hizo girar a los caballos y se despidió con una seña y los chasquidos de su látigo. Entonces, retomó el trayecto a través de las dunas.

Poco después, Christopher se encontraba sentado junto a Charlotte en un camarote protegido del viento. La nave abandonó el embarcadero. En el interior de la estancia, cada paso que daban los tres hombres resonaba con un tremendo estrépito. Christopher intentó mirar hacia el exterior, pero las dos ventanas existentes estaban cubiertas de salitre y apenas permitían ver nada. Charlotte lo miró cariñosamente, como si fuera a acariciarle la mejilla de un momento a otro.

«Cree que estoy contento», pensó el muchacho, «y así es, ¿verdad? Estoy contento».

El barco hendió las aguas, rumbo a la isla y al castillo situado sobre el arrecife.

—Son quinientos metros en línea recta —dijo Charlotte—, aunque parece estar mucho más lejos, ¿verdad?

Christopher asintió, afirmativo. Ni siquiera había pensado en ello hasta ese momento. Solo sabía que quinientos metros era un buen trecho para quien quisiera recorrerlos a nado.

Se quedó aún más callado que antes, pero Charlotte no se lo tomó a mal. Había guardado en un bolso el libro cuyo olor le había castigado tanto, por lo que poco a poco Christopher iba recuperando el aliento.

Bajo la atenta mirada de su madre adoptiva, comenzó a recordar.

Recordó el carruaje, la aldea. Recordó el viaje en tren, el primero y único que había realizado hasta entonces. Recordó la casona de Lübeck de la que se había marchado, una casa llena de niños y de gritos. Nunca tendría que volver a soportar el asfixiante olor de la sala de dormir, el hedor de los secretos que se guardaban bajo sábanas empapadas en sudor y el de las enemistades infantiles.

Iba a extrañar al hermano Markus. A él, únicamente. El hermano Markus le había inculcado con insistencia que confia-

ra en la esperanza de un futuro mejor, un futuro que finalmente se presentaba ante él, frente a la proa de aquel barco. En un pedazo de roca en el mar Báltico.

«Es mucho más confortable de lo que parece».

Por primera vez experimentó una tristeza genuina. ¿Sería nostalgia?

«Estoy seguro de que me encontraré a gusto».

Aquello que tenía en frente ya era su casa. Su hogar.

«Solo quinientos metros».

Aquella era la distancia que le separaba de su futuro. Así de cerca estaba.

El hermano Markus le había acompañado personalmente hasta la estación. Aunque a simple vista pudiera parecer un hecho sin nada de extraordinario, lo cierto era que, habitualmente, era alguno de los criados el que se encargaba de aquella labor. Descargaba a los muchachos frente a sus nuevos hogares o lugares de trabajo como si fueran sacos de carbón, recibía la propina y después se marchaba con gesto enfurruñado.

Sin embargo, con Christopher había sido diferente. Era el mayor del orfanato y, en opinión del hermano Markus, también el más inteligente. No obstante, demostrar aquella afirmación le habría resultado difícil, pues lo que había convencido al religioso no había sido que el chico poseyera notables conocimientos, o una habilidad particular con los números, no. Era la enfermedad de Christopher lo que le hacía tan especial.

Desde que era muy niño había sido incapaz de tolerar el olor de la cola de encuadernar: ante un solo tomo, respiraba con dificultad; ante una estantería, se retorció de sufrimiento; en una biblioteca, llegaba a perder la consciencia. Sin embargo, y al contrario que los restantes niños del orfanato, se empe-

ñaba en aprender. El hermano Markus, impresionado, lo convirtió en su pupilo particular, le consiguió algún que otro libro y se dedicó a cuidar de él cuando Christopher estudiaba sin descanso, a costa de todas sus fuerzas y de algún que otro ataque de asma.

Mientras a los restantes niños se les llevaba en seguida a talleres de artesanía, donde se les adiestraba y no tardaban en tener que trabajar como hombres adultos, con Christopher, el hermano se impuso la meta de convertirlo en un erudito. Aunque evidentemente los estudios universitarios quedaban excluidos por motivos económicos, lo cierto era que tanto maestro como alumno disfrutaban por igual de las horas de clases particulares en el cuarto de Markus. Ningún maestro carpintero, ningún carnicero aceptaba a un muchacho tan ilustrado, por lo que Christopher permaneció en el hogar de acogida año tras año, y descubrió que los demás chicos le llamaban, casi con desprecio, el «Desecho».

Hasta el día en que apareció Charlotte Institoris buscando un hijo adoptivo. La mujer especificó que no debía tratarse de un muchacho demasiado joven, lo que despertó de inmediato las sospechas del religioso. Sin embargo, ella logró demostrar su honorabilidad mediante excelentes referencias. Pertenecía a la vieja aristocracia por lado materno, había dado a luz a dos hijas y, hacía ya dos años, había adoptado a otro chico. Confirmaban sus aseveraciones diversos informes por escrito, redactados por organismos administrativos dignos de confianza. El hermano Markus logró incluso dar con la casa de acogida en la que se había criado el otro muchacho. Su directora le puso al corriente de que Daniel les escribía cartas con asiduidad, y en ellas se mostraba siempre y sin excepción muy contento, cuando no directamente entusiasmado, con su nuevo hogar.

El hermano Markus y Christopher mantuvieron largas conversaciones sobre el tema, hasta que finalmente llegaron a la conclusión de que aquella era una oportunidad que bien merecía aprovecharse. Finalmente, a Christopher se le concedería lo que, a los ojos del religioso, llevaba mereciendo mucho tiempo: una familia y un entorno en el que su desarrollo intelectual pudiera encontrar sustento y estímulo. El hermano Markus estaba encantado y Christopher... Bueno, Christopher también estaba contento. A su manera.

Evidentemente no le agradaba tener que abandonar a su paternal maestro, y por supuesto se preguntaba qué tal sería su futura vida en un auténtico castillo. No siendo nada más que un simple huérfano abandonado por su madre nada más nacer, ¿no tendría todas las probabilidades de decepcionar a la familia Institoris? ¿Qué tal se llevaría con sus nuevos hermanos? Y, a pesar de todo cuanto había estudiado, en cuestión de formación y conocimientos, ¿no se encontraría claramente en inferioridad de condiciones frente a ellos?

Estas y otras dudas le asaltaban mientras el hermano Markus le acompañaba a la estación, un mes después de la primera visita de Charlotte. Tras instruirle una vez más, concretamente la décima o undécima en los últimos días, en las necesarias normas de etiqueta, Markus lo besó en ambas mejillas, lo abrazó afectuosamente y le deseó buen viaje.

Entonces, Christopher se quedó solo, si bien únicamente por unas horas. Charlotte Institoris quiso esperarlo en la estación del pueblo, donde aguardaría entusiasmada su llegada, tal y como le había asegurado en una cariñosa carta.

El barco se deslizó silenciosamente junto a dos grandes sillares de roca, tan altos como una persona, que marcaban la entrada a una pequeña bahía. Sobre cada bloque reposaba un

león de piedra. Las miradas de los animales se cruzaban por encima de las aguas.

La bahía se encontraba en el centro de la herradura que conformaba la isla, delimitada por empinadas paredes de piedra de dos metros de altura. Una estrecha pasarela conducía hasta el centro de la curva.

En el punto en el que el puente tocaba el suelo, se alzaba un muro negro y verde de cipreses, monstruosidades vegetales en forma de cono que ocultaban la visión de medio cielo. Christopher estaba convencido de no haber visto nunca en su vida árboles tan altos. Debían medir veinte o veinticinco metros.

Le había pedido a Charlotte que le dejara ver cómo atracaba el barco desde la cubierta, y ella había aceptado de buen grado. Incluso salió con él del camarote y se apoyó a su lado sobre la borda, mientras sujetaba fuertemente con la mano su sombrero para que el viento no lo arrastrara. No le importó lo más mínimo estar estorbando a los tres marineros.

El barco llegó suavemente al muelle. Uno de los hombres ayudó a Charlotte y a Christopher a desembarcar, mientras los restantes se ocupaban de los amarres y las velas. Por último, el sirviente colocó sobre las tablas el equipaje del muchacho: una desgastada maleta de cuero que el hermano Markus le había regalado. Además de sus escasas prendas de ropa, que además no eran en absoluto adecuadas para semejante entorno, llevaba numerosos cuadernos de páginas cosidas en los que había anotado a lo largo de los años todos sus conocimientos. Eran su mayor orgullo.

Las olas se deslizaban chapoteando ligeramente contra las paredes de la bahía. Las pálidas rocas calcáreas estaban cubiertas por un limo verde allí donde las tocaba la marea. Un profundo bufido atrajo la mirada de Christopher hacia las co-

pas de los cipreses, que se combaban misteriosamente por la acción del viento, susurraban y bramaban. Era un sonido enigmático, incluso un tanto amenazador.

Una chiquilla de rizos rubios, ataviada con un vestido blanquiazul de volantes, salió a su encuentro en la pasarela. Christopher calculó que no tendría más de diez años.

—¡Madre! ¡Madre! —gritó la pequeña—. ¡Mira qué caracolas he recogido!

Charlotte se agachó sonriente hasta alcanzar la altura de la niña. Con fingido asombro miró las manos abiertas de la pequeña. En cada una de ellas había dos conchas blancas, tan grandes como el dorado reloj de mesa que el hermano Markus se ocupaba de poner en hora cada domingo.

—Son maravillosas —exclamó Charlotte, entusiasmada.

—Son para ti —anunció su hija, resplandeciente.

—¡Oh! —Charlotte recogió cuidadosamente las caracolas y las colocó con precaución en el interior de su bolso. Después, abrazó a la niña—. Muchas gracias, tesoro.

Christopher permaneció a un lado, observando a madre e hija con sentimientos encontrados. Aquella visión irradiaba calidez y seguridad, pero al mismo tiempo le creaba el temor de estarse infiltrando como un extraño en aquella familia.

Charlotte se levantó, colocó un brazo en torno a Christopher y lo colocó frente a la pequeña.

—Este es Christopher —dijo, festiva—. Es tu nuevo hermano —entonces, señaló a su hija—. Y este angelito es Sylvette, la pequeña de la casa.

La niña le tendió educadamente la mano y lo observó, no sin cierta desconfianza, cuando él la aceptó. La benjamina dio un respingo.

—¡Pero no seáis tan formales! —les animó Charlotte—. ¡Daros un abrazo!

Ambos obedecieron a regañadientes. Sylvette se sentía muy desprotegida en los brazos de Christopher, y este la liberó tan rápido como pudo.

—¿Los demás también están allí? —preguntó él, finalmente, porque el silencio de la niña le resultaba muy incómodo.

Charlotte cogió a ambos de la mano y les llevó hasta tierra firme. Era una mujer de gran altura, pero Christopher, a pesar de todo, sobresalía media cabeza por encima de ella. Si alguien los vigilaba por entre la espesura de los cipreses, encontraría una visión llamativa.

—Conocerás ahora mismo a Aura y Daniel, están en el castillo —dijo Charlotte.

—Y... ¿padre? —la duda que precedió a aquella palabra tan inusual difícilmente podría haberle pasado desapercibida a Charlotte.

Sin embargo, antes de que ella pudiera replicar nada, Sylvette exclamó:

—Padre nos odia. Padre nos odia a todos.

Charlotte se detuvo de golpe, petrificada. Su rostro fino, bajo su sombrero de conchas, se volvió blanco como la cal cuando miró horrorizada y llena de fría rabia a la niña.

—¿Cómo puedes decir algo así?

La pequeña insistió, obstinada.

—¡Pero si es verdad!

Durante un breve instante, Christopher temió que Charlotte cogiera impulso y propinara a la niña una sonora bofetada. Sobre la idílica imagen que el muchacho se había formado de la familia Institoris, surgió una fina grieta.

Su madrastra, no obstante, se calmó, dejó caer ambas manos y continuó caminando. Cuando Christopher dirigió a Sylvette una mirada furtiva, ella le respondió con una sonrisa

infantil, tan inocente que le hizo comprender repentinamente por qué Charlotte la había descrito como un angelito.

No había ningún camino establecido que atravesara el bosquecillo de cipreses, algo que sorprendió a Christopher, tratándose de una edificación como aquella. Era como si no hubieran querido contrariar la voluntad natural de los árboles. Afortunadamente, algunos de ellos se encontraban lo suficientemente apartados entre sí como para poder pasar entre ellos sin esfuerzo.

La hilera de árboles no se extendía mucho, tan solo unos veinte metros, pero en su interior reinaba una atmósfera crepuscular que parecía salida de otro mundo. Una red de sombras y mortecinas luces otoñales cubría el suelo, del que ocasionalmente surgía un encorvado montículo de roca calcárea. El acre olor a bosque desterraba allí el aroma de las algas del mar. Era como si en medio de aquella isla desnuda, vacía y remota, se hubiera abierto una ventana secreta, una ventana a otro lugar, que hablaba de calidez y bienestar. Todo aquello le recordaba a Christopher a la terrorífica calma de los cementerios.

Poco después, los cipreses quedaron atrás, y frente a ellos apareció el alto portal del castillo. Cuatro amplios escalones conducían hasta una puerta doble.

Sin embargo, no fue aquella imponente entrada lo que impresionó a Christopher, sino las ventanas, que no había logrado vislumbrar hasta llegar a ese punto.

Todas estaban hechas de vidrio de plomo, coloridos mosaicos que representaban las imágenes y escenas más grotescas, una explosión de fuegos artificiales hecha cenefas de extraordinaria excentricidad, como el muchacho no había visto nunca. Ni una sola de las ventanas era de cristal translúcido.

Charlotte les apremió y Sylvette la siguió rápidamente al calor del interior del edificio. Christopher, no obstante, logró

observar con detenimiento las dos vidrieras a izquierda y derecha del portal.

Una de ellas representaba a un buitre posado sobre una roca abierta, que sostenía con su pico una amplia pancarta. En ella había escritas numerosas palabras en latín, que Christopher quizás hubiera logrado traducir tras un largo rato de observación, pero no en una breve pasada. Un cuervo sobrevolaba la piedra, con la mirada fija en la imagen.

En la segunda vidriera, a la derecha de la puerta, aparecía una vara erguida en torno a la cual se enroscaban dos serpientes. Las puntas de sus respectivas lenguas se tocaban entre sí. El báculo terminaba en una magnolia que, a su vez, se convertía en una estrella. En el cielo que se abría sobre el símbolo se apreciaba, a un lado, la luna, y al otro, el sol.

Christopher intentó casi de mala gana apartar su atención de las ventanas. Restaban aún incontables cosas que merecían la pena observarse. Sin embargo, le costó un gran esfuerzo vencer la atracción que los cristales le producían y seguir a Charlotte y Sylvette a través de la entrada.

Una inmensa chimenea gobernaba la habitación, o más bien la sala, que se abría tras la puerta. La boca, alta y profunda como las puertas del infierno, constituía casi en sí misma una estancia y, de hecho, el cuarto del hermano Markus no era mucho mayor. El fuego que ardía en su interior parecía perderse en la extensión de aquellas fauces de piedra.

El suelo entarimado del vestíbulo estaba cubierto de alfombras tupidas y blandas, la mayoría en tonos rojos y pardos. En el flanco izquierdo se alzaba una oscilante escalinata que conducía hasta la planta superior. De las paredes entarugadas colgaban cuadros y candelabros, así como otros adornos, blasones y bordados. Christopher se sintió tan profundamente

abrumado que creyó tener que agarrarse a algo para no perder el dominio de sí mismo.

Charlotte se dio la vuelta, turbada, pero por un motivo muy distinto.

—¿Dónde está todo el servicio? —fue su pregunta retórica.

—En el comedor —replicó Sylvette, guiñándole disimuladamente un ojo a Christopher, en un gesto de inesperada complicidad que le sorprendió. Respondió, a su vez, con una sonrisa, con la esperanza de que pareciera sincera—. Se han reunido todos allí para conocerte —exclamó, alegre, la chiquilla, casi como si aquel honor le correspondiera a ella—. Madre, fuiste tú misma quien dio la orden.

Charlotte asintió, dubitativa, pero sin dar muestra alguna de satisfacción.

—¿Y Aura? ¿Dónde está Aura? ¿Dónde demonios anda Daniel?

Su agitación sorprendió mucho a Christopher, sobre todo porque había empezado a recorrer el vestíbulo de un lado para otro, presa del nerviosismo de una rabia genuina. Parecía verdaderamente intranquila.

Entonces, sonó una voz desde el extremo superior de la escalinata.

—Estoy aquí, madre.

Charlotte se estremeció.

—¡Aura! —gritó—. Al menos recuerdas lo que son los buenos modales.

La muchacha, que había aparecido en lo alto de la escalera y comenzaba a descender por los escalones con pasos lentos, mudó de rostro durante un instante. En sus rasgos brilló un destello de malicia.

Aura Institoris era de la edad de Christopher, y había heredado de su madre el cabello azabache. Sus ojos relucían con

un tono azul pálido similar a los de Sylvette. Sus pestañas, largas, finas, perfectas, conformaban en torno a ellos aureolas negras. Tenía unas cejas tupidas y oscuras que le otorgaban un cierto aire de permanente furia. Las comisuras de sus labios, no obstante, estaban curvadas en una sonrisa por un rasgo congénito, lo que le otorgaba a su rostro una encantadora contradicción. Su piel era de una blancura resplandeciente, salpicada por algunas pecas en los bordes de la nariz. Llevaba un vestido escarlata rematado en marrón oscuro que resaltaba su esbelta figura.

Christopher, que se había criado entre varones en el orfanato y no estaba habituado a la presencia de mujeres hermosas, quedó comprensiblemente impresionado. Más que impresionado.

Sin embargo, su entusiasmo no duró ni dos segundos, pues Aura exclamó:

—¿Ese es el nuevo?

En su tono resonó el rechazo. Para Christopher fue como si se hubiera pinchado inesperadamente con la espina de una rosa en flor.

—Es tu hermano —replicó Charlotte, acentuando sus palabras—, Christopher.

Aura permaneció a los pies de la escalera, no se aproximó más. Le miró con una indiferencia que jugaba a ser fingida, pero que no amortiguó su efecto. El muchacho se sintió bruscamente rechazado, fuera de lugar.

Sin embargo, su madrastra se dispuso de inmediato a arreglar la situación creada por el comportamiento de Aura.

—Tesoro, no te encuentras bien, ¿verdad? —en su compasivo susurro se adivinaba un mensaje implícito: «Luego hablaremos de esto».

Christopher intentó captar con la mirada la atención de Aura. El fuego que ardía en las pupilas de la joven podía ofre-

cer todo tipo de promesas, pero él solo veía en ellas una rabia encendida. ¿Qué sería lo que le provocaría tal enojo?

—Al menos podrías haberte puesto los pendientes, cariño —Charlotte seguía intentando salvar la situación haciendo uso de una dulzura afectada.

—Pero si llevo puestos los pendientes —repuso Aura, aparentando inocencia, si bien resultaba evidente para cualquiera que no era así.

Se llevó los dedos a los lóbulos y adoptó una expresión de sorpresa tan falsa que Christopher se sorprendió de que Charlotte pudiera seguir tolerándolo.

—Oh —exclamó Aura, con una sonrisa encantadora—, me habré equivocado.

Durante un momento, su madre y ella se miraron con frío desprecio. Entonces, haciendo un notable esfuerzo, Charlotte logró formular una nueva pregunta:

—¿Dónde está Daniel?

—Eso iba a preguntarte yo. Llevo buscándolo un buen rato.

La mirada de Charlotte no se apartó de ella: quería comprobar si estaba tratando de burlarse de ella. Sin embargo, en aquella ocasión la respuesta parecía ser sincera. Charlotte se estremeció de pronto, como si un mal pensamiento le hubiera asaltado.

—Cielo santo —exclamó—, ¿dónde puede haberse metido esta vez? ¿No habrá hecho alguna tontería?

Se llevó una mano temblorosa a la frente, como si fuera a desplomarse sin sentido de un momento a otro. Era una imagen que no casaba en absoluto con la Charlotte que Christopher había conocido hacía unas pocas horas. La conducta de aquella gente se iba volviendo cada vez más enigmática.

—¡Qué va! —dijo Aura—. No tardará en aparecer. Probablemente esté en la biblioteca.

Diciendo esto, se volvió y abrió una puerta bajo la escalera en la que Christopher no había reparado hasta entonces. Tras ella se abría un pasillo largo y pobremente iluminado.

—Si lo encuentras, avísame de inmediato —le gritó Charlotte.

La voz le sonaba aguda, casi estridente. Ya no pensaba en la insolencia de Aura.

La muchacha no respondió, se limitó a cerrar la puerta tras de sí y a desaparecer en silencio en las insoldables entrañas del castillo. Christopher se preguntó, inquieto, «cuántas puertas inesperadas se le irían abriendo en aquella casa», de cuya existencia no hubiera sabido hasta entonces.

Sylvette le tiró de la manga. Cuando el chico se inclinó hacia ella, la niña le susurró:

—Padre vive en la buhardilla. Nunca sale de allí. Nunca.

Antes de que Christopher pudiera reaccionar o decir algo, Charlotte lo cogió de la mano con una sonrisa recuperada.

—Vamos, tesoro. Tenemos que presentarte al servicio.

Una cascada de luz multicolor se derramaba desde la elevada vidriera de la sala. El pasillo principal del ala oeste se extendía frente a Aura como un túnel escarbado en el arco iris. Incluso la difusa luz del otoño lograba crear aquellos juegos de tonalidades, proyectándolas como imágenes de una linterna mágica sobre el revestimiento de las paredes.

Sin embargo, aquel día Aura no podía perder tiempo ni concentración admirando aquella milagrosa obra de arte en vidrio. Eran demasiadas las preocupaciones que la atormentaban, que la desesperaban. A una de ellas la acababa de cono-

cer: Christopher. Otro extraño en casa. Otro motivo para despreciar a su madre.

Sin embargo, Christopher no era el único motivo de su rabia. Para ser sincera, la verdad era que apenas si tenía alguna culpa. Podía ser el detonante, uno de los muchos que podían desatar su ira, pero el origen de la misma era mucho más importante. Si había alguien que podía tranquilizarla, ofrecerle un poco de consuelo, ese era Daniel. No obstante, en una cosa debía darle la razón a su madre respecto a él: ¿dónde demonios estaba?

Era una pregunta superflua. Todavía quedaba uno de entre los lugares favoritos del joven que ella aún no había revisado. Lo que más la enfurecía era pensar que probablemente debía haber mirado allí en primer lugar. Estaba claro. Qué cabeza de chorlito.

Eso no significaba que no hubiera aún otro lugar. Pero si Daniel se encontraba allí, entonces más le valía haberse escapado de verdad y de una vez por todas. No le seguiría hasta el viejo faro. Hasta allí, no.

Pero, ¿y si era así? ¿Y si se había colado de nuevo en la galería submarina que llevaba hasta la torre? ¿Y si volvía a intentar lo mismo que hacía dos meses?

Abrió sin llamar la puerta doble de la biblioteca, resoplando de rabia y preocupación.

—Hola, hermanita.

Daniel estaba sentado en medio de una fortaleza de libros, tomos amontonados formando un semicírculo, colocados como ladrillos de una muralla. En el centro estaba él, con las piernas cruzadas, mirándola.

¡Cómo odiaba que la llamara hermanita! Y lo que era peor: ¡Él sabía que lo odiaba! Volvía a jugar con ella. Precisamente ese día, precisamente en ese momento.

Daniel tenía dieciocho años, uno más que ella, una cabeza llena de rizos rubios, y una delgadez muy poco usual para su altura. Antaño se reflejaba en su mirada su naturaleza guasona; había llegado así al mundo, como quien nace con un antojo o una mancha. Frente a los demás, solía ofrecer la imagen de estarse riendo continuamente de todo el mundo, sobre todo de sí mismo, y por eso precisamente le había gustado a Aura desde el principio. Daniel había eliminado del castillo aquella polvorienta solemnidad.

Sin embargo, todo eso había acabado. Las vendas de sus muñecas delataban aún lo que había hecho. Las heridas parecían no querer sanar, y sobre el blanco del lino volvían a aparecer una y otra vez ligeras manchas de sangre. La visión se le clavó a Aura como un puñal en el corazón.

Se dio cuenta de que la sonrisa de su hermano no era sincera, que había esperado que le dejaran en paz. Sin embargo, no iba a ser así. Solo les quedaban cuatro días para que él entrara en razón de una maldita vez.

Permaneció a un metro de distancia y le ofreció las manos para que se levantara.

—Arriba, venga. Tenemos que hablar.

Él no hizo ningún amago de cumplir su orden.

—Eso ya lo hacemos. Continuamente. Hablamos y hablamos, pero eso no cambia nada.

Se sintió tan idiota como si estuviera arrastrándose ante él; sin embargo, no bajó los brazos, sino que los extendió hacia él como si estuviera a punto de ahogarse.

—Por favor —le pidió con voz suave.

Daniel no le sostuvo la mirada; volvió los ojos a las manos de la chica.

—Has vuelto a morderte las uñas.

Cerró las manos, presa de la rabia. Sus oscuras cejas se estrecharon.

—¡No intentes confundirme con esas estupideces!

Daniel suspiró molesto y se levantó. La delgadez de su cuerpo le otorgaba a aquel movimiento un aire desvalido, como el de una cría de corzo salvaje que tratara de ponerse en pie por primera vez. Aura se dio cuenta de que se apoyaba en las manos sin hacerse daño. Un progreso ridículo después de ocho semanas. ¿Por qué no se detenía la hemorragia?

Cuando estuvo frente a él, se sintió completamente perdida. Daniel esperaba algo así y la abrazó con una rigidez que ella notó, puesto que su propio sentido común desaconsejaba aquel gesto. Él quería precisamente eso, quería producirle un impacto, y sin embargo, al mismo tiempo, se odiaba por ello. Era el eterno dilema que lo atormentaba. También a ella.

—La despedida antes del viaje a la Edad Media, ¿eh?  
—bromeó ella con voz queda.

Daniel la miró a los ojos con tristeza.

—La Edad Media, santo dios. No va a ser tan malo como te piensas.

—Eso me consuela mucho. De verdad que sí.

—Es solo un internado, no una prisión.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de él. Notó lo incómodo que él se encontraba, pero no le hizo caso.

—Un internado para hijas de la alta sociedad, a 1500 kilómetros de aquí. Sí que es una prisión.

Había intentado contradecirla tantas veces que, en aquella ocasión, decidió dejarla estar. No le quedaban argumentos con los que oponérsele. Además, ella ya sabía que, en realidad, Daniel pensaba exactamente lo mismo.

El joven dejó resbalar la mano por el cuello de la muchacha y acarició suavemente la oquedad entre sus omóplatos.

Ella sintió que las lágrimas comenzaban a asomársele por los ojos e intentó desesperadamente reprimirlas. Sabía que él la

soltaría si se daba cuenta. Las lágrimas tenían la mala costumbre de hacerle recobrar el sentido común.

Se quedaron de pie, en silencio, aferrándose el uno al otro, mientras Aura luchaba con todas sus fuerzas por dominarse. No tenía sentido. No les ayudaba a ninguno de los dos.

Nada había sido fácil entre ellos desde el primer día. Aura había querido derribar muchas veces la barrera, pero Daniel la había mantenido, primero, mediante el humor y, después, cuando se le fue agotando, mediante una distancia obstinada. Solo eran hermanos adoptivos, no existía un vínculo real entre ellos, pero aquel no era el auténtico problema.

En realidad todo giraba en torno al accidente de Daniel, y al hecho de que él no acababa de superarlo.

El silencio entre ambos se estaba volviendo insoportable, por lo que Aura finalmente se separó de él y, tras un imperceptible sollozo, dijo:

—El tal Christopher ya ha llegado.

—Y, ¿cómo es? —el alivio que experimentó al ser ella la que se apartara quedó patente. Su respiración estaba ligeramente acelerada.

—Madre lo protege como una gallina clueca.

—Ella es así.

Aura se encogió de hombros.

—Contigo no era así.

—Eso son imaginaciones tuyas.

—No —replicó ella con seguridad—. Intenta reparar con él lo que... —se detuvo bruscamente, puesto que era evidente lo que había estado a punto de decir.

—... lo que salió mal conmigo —concluyó Daniel—. Sí, es posible.

Aura le cogió de la mano.

—No quería decir eso.

—No pasa nada.

Retiró los dedos de los de ella y pasó junto a las altas librerías hasta la única ventana. Le hubiera gustado abrirla y poder mirar al mar, pero también sabía que hacía años que los postigos estaban atrancados. Pocas ventanas del castillo podían abrirse.

«Quizás sean los colores», pensó Aura, «quizá sea eso lo que nos vuelve tan melancólicos: la falta de luz pura, blanca».

El mosaico de la vidriera de la biblioteca mostraba una especie de recipiente en cuyo interior estaba atrapado un pavo real exhibiendo el plumaje extendido de su cola. Sobre el cuello de la botella, se encontraba una lujosa corona real y, por encima, se extendía una cubierta de nubes entre cuyas sinuosas formas transitaba un carro de combate tirado por dos pájaros. La figura de una mujer rubia se recortaba sobre el carruaje.

Daniel mantenía la cara vuelta hacia la ventana, como si pudiera ver más allá de los fragmentos multicolor, igual que, en ocasiones, era capaz de traspasar el rostro de Aura y vislumbrar sus pensamientos. Llegaba a resultar inquietante la frecuencia con la que él llegaba a saber qué sería lo próximo que ella dijera, qué iba a pensar a continuación.

—Quizá sea mejor que te vayas— dijo, en voz baja y aún sin mirarla—. Todavía no ha llegado la hora de la despedida.

—Solo quedan cuatro días —Aura cerró un instante los ojos, en la débil esperanza de que Daniel se volvería hacia ella y, sonriente, los volvió a abrir. En vano—. No lo olvides —añadió, y se dirigió a la puerta.

Cuando estaba entrando en el pasillo, oyó cómo él susurraba algo. Podría haber dicho cualquier cosa, pero la joven esperaba que sus palabras hubieran sido: «Por supuesto que no». Sí, eso habría dicho, sin duda.

Se dedicó a sí misma una reprimenda ingenua, infantil, pero al atravesar a la carrera la marea de colores tornasolados,

dejó que sus lágrimas fluyeran en libertad. El pasillo se volvía cada vez más largo, las luces brillaban con mayor intensidad y la joven cerró los ojos y corrió a ciegas hasta alcanzar la puerta más cercana. Un nuevo pasillo a la izquierda. Pasos mudos sobre las altísimas alfombras. Su propio aliento, resonándole en los oídos. Los latidos de su corazón.

Se precipitó sobre los oscilantes escalones de una de las dos escaleras y comenzó a ascender, primero, hasta el primer y el segundo piso y, después, hasta otro pasillo. Abría a empujones una puerta tras otra, mientras atravesaba aceleradamente el corredor. Manoseaba, sin detenerse, la cadena que llevaba al cuello, la llave que de ella colgaba.

Llegó a otra escalera, una estrecha, de madera y mal iluminada. No era como las anteriores, apenas constituía un grupo de peldaños angostos y angulosos que chirriaban bajo los pies. Sin embargo, a pesar de la ausencia de sol o de lámpara, Aura encontró el camino. Le bastó el turbio haz de luz que escapaba por el quicio de la puerta al final de la escalera.

Por fin, la última puerta. Empujó la llave hacia el interior de la cerradura, como si fuera la responsable de todas sus desgracias. Giró el resorte. Quería entrar.

La puerta no se abrió. Su padre debía haber cerrado por dentro. No había vuelto a hacer algo así desde hacía años.

—¡Padre! —gritó. El polvo y la oscuridad ahogaron el claro timbre de su voz, haciéndole ronco y sordo—. ¡Padre, déjame entrar! ¡Por favor!

Nadie respondió. Aura tanteó desamparada la puerta, presionando aquellos puntos en los que sentía que el relieve de madera tallada sobresalía de la superficie.

Volvió a llamar una, dos veces; suplicó, pero la entrada al ático permaneció cerrada. Su padre no quería verla, se negaba a hablar con ella.

Derrotada, se derrumbó sobre el peldaño superior, con la espalda apoyada en la puerta. Temblaba de desesperación. El graznido de un pelícano atravesó la madera.

Viena a la caída de la tarde: una ciudad bajo el hechizo de las lámparas de gas. Las ruedas de los carros guarnecidas de acero traqueteaban sobre los adoquines empapados por la lluvia. Los vendedores callejeros alababan sus mercancías por última vez, mientras otros cerraban ya sus puestos y se volvían, en sus carromatos, a casa, en los barrios de la periferia. Algún que otro tranvía se deslizaba por entre las hileras de casas viejas, con su molesto y recalcitrante campanilleo, incluso a distancia. Los niños corrían entre gritos de un lado para otro, buscando en los desperdicios de los comerciantes algún tesoro perdido, una manzana o alguna fruta exótica de ultramar que no se hubiera echado a perder. La lluvia había arrastrado momentáneamente hasta el suelo el olor a carbón de las chimeneas; sin embargo, abandonaba ya los adoquines para elevarse de nuevo.

Una compañía imperial marchaba al paso de la oca sobre la plaza de Freyung, una de las más grandes del centro de la ciudad. Allí era donde, antiguamente, a la sombra del convento de Schottenstift, se ajusticiaba a los traidores sumergiéndolos de cabeza en barricas llenas de agua. Sin embargo, en aquellos días, su función era la de acoger a las muchedumbres reunidas en fiestas populares y en el mercado.

Gillian, el hermafrodita, surgió de la protección que le ofrecía una colorista columna de anuncios y observó con atención el entorno en repetidas ocasiones. La plaza seguía llena de gente, si bien la mayoría desaparecía ya por las calles colindantes. La llameante luz de las linternas de gas era el absoluto contrapunto del difuso resplandor rojizo del ocaso. Aunque ya ha-

cía rato que el sol se había ocultado tras los tejados, su fulgor aún resistía en el extremo occidental del cielo. En el oriental, por el contrario, la noche iba tomando posición y alimentando los temores de Gillian.

Su cometido no era sencillo. El mensaje de Lysander le había dado a entender con claridad que no aceptaría ni oposición ni incomparecencia en el momento acordado. Gillian vería a Lysander aquella tarde, tanto si quería como si no, de aquello no cabía la más mínima duda.

La única incertidumbre radicaba en si Gillian, a pesar de todo, no lograría sorprender a Lysander, aunque fuera solo por demostrar que, en todos aquellos años, no había perdido la práctica.

De no estar tan escarmentado, quizás habría entrado en la iglesia del monasterio para rezarle a la estatua de la Madonna, que los vieneses tenían por milagrosa. Sin embargo, a Gillian aquellas costumbres no hacían sino provocarle estupor. Nadie podría ayudarle cuando estuviera frente a Lysander, ni siquiera él mismo, y aquello era probablemente lo más duro de sobrellevar: su propia impotencia. Hacía mucho tiempo que no debía responder ante nadie, que no se encontraba tan a la merced de otra persona. Sin embargo, también llevaba mucho tiempo sin tener noticias de Lysander. Cielo santo, después de todos esos años...

Gillian surgió de las sombras del panel de anuncios y atravesó apresuradamente el Freyung, esquivando un simón de dos caballos sin que los gritos y maldiciones del cochero lo perturbaran lo más mínimo. Las formas sinuosas de los adoquines se alisaban con la lluvia, y en una ocasión estuvo a punto de resbalar. Qué embarazoso.

Llegó hasta la entrada de Schottenstift. Un monje benedictino le permitió el acceso al observar la documentación fal-

sificada que Gillian le plantó en la cara y que le acreditaba como proveedor imperial de tinta... fuera lo que fuera eso. Había obtenido los papeles de un estibador del distrito de Leopoldstadt que se ganaba un sobresueldo realizando todo tipo de falsificaciones. Le había aconsejado llevar encima un par de envases sellados de tinta siempre que utilizara aquella documentación. Aquella inversión le había resultado de lo más provechosa a Gillian ya en varias ocasiones. La ingenuidad humana no tenía límites.

Le aseguró al portero que sí, que por supuesto que sabía cómo llegar hasta el abad, y el hombre le dejó entrar. Evidentemente, si hubiera querido entrar en la sala capitular del convento o en las instalaciones del antiguo centro de enseñanza, no le habrían permitido el acceso. Aquellos, no obstante, no eran los objetivos de Gillian.

No era la primera vez que recorría aquel camino, por lo que no le costó esfuerzo alguno llegar hasta el sótano y, lo que era más importante, tampoco llamó la atención. Una empinada escalera de madera descendía diez metros hacia las profundidades.

El convento había tenido una historia turbulenta desde su fundación en el siglo XII: había sufrido incendios, saqueos milicianos y destrozos arquitectónicos durante las tareas de reconstrucción. Desde los restos de murallas romanas hasta los sótanos estilo *Biedermeier*, pasando por los salones barrocos, el subsuelo del convento reflejaba la historia de la ciudad.

Gillian, no obstante, hizo caso omiso de las maravillas arquitectónicas del sótano. Había estudiado los antiguos planos: se los conocía de memoria. Atravesó rápidamente y sin oposición algunas de las habitaciones que los benedictinos utilizaban como bodega. Se preguntó por qué acudiría hasta allí cada tabernero de Viena en busca de suministros, teniendo en cuenta lo fácil que era colarse.

Pasó junto a un muro, tras el cual le constaba que se encontraba la gran cripta de la iglesia conventual, repleta de ataúdes y cadáveres momificados. Qué apropiado resultaba tomar ese camino para llegar hasta el hogar de Lysander.

El aire allí abajo era frío y rancio, y se volvió aún más gélido cuando desencajó una placa de metal del suelo y colocó los pies sobre los escalones de acero que permitían el descenso por el hueco. Encendió una linterna antes de sumergirse en la oscuridad y colocó de nuevo la placa en su sitio.

El trayecto continuaba en línea recta durante seiscientos metros; apenas unos pasos. Sin embargo, allí abajo, en el laberinto del subsuelo vienés, un trayecto así podía llevar todo un día. Gillian, no obstante, tuvo la precaución de acudir al encuentro con Lysander a la hora convenida. Durante los diez años que llevaba residiendo en Viena había descendido tantas veces, había recorrido tantos kilómetros de canales y sótanos, que les había perdido el miedo. Lo único importante era evitar las numerosas bandas de ladrones que buscaban refugio en aquellas bóvedas. No les gustaba que nadie campeara por sus madrigueras, ya fuera accidentalmente o a propósito, y muchos de ellos se sacaban el puñal de la bota por menos de nada.

Mucho más inofensivos eran los miserables, los sin techo que se ocultaban en los túneles. De entre ellos, sus favoritos eran los pescasebos, que pasaban toda la vida allí abajo. Al contrario que los mendigos o los vagabundos, no salían de los canales hasta llegada la noche y residían en ellos todos los días. Tomaban el nombre de las trampas que extendían en las grandes corrivaciones de los canales, de la rejas y las redes en las que recogían toda la grasa, la carne y los huesos flotantes. Después vendían su botín a fábricas de jabón y cebaderos a cambio de un par de kréutzer.

Hacía unos años, una de las víctimas de Gillian había acabado en las redes de los pescasebos. Las noticias sobre el hallazgo apenas tardaron algunas horas en propagarse por todo aquel inframundo, especialmente debido a los tatuajes cabalísticos que cubrían el cadáver. Gillian logró recuperar el cuerpo antes de que los pescasebos dieran parte a la policía, pero aquello le costó una suma considerable, casi la mitad de lo que le habían pagado por perpetrar el asesinato. Desde entonces, se había deshecho de los muertos de otra manera y había extraído de todo ello la importante lección de que casi todo lo que desaparece en el subsuelo de Viena, más tarde o más temprano acaba por reaparecer. Al menos en lo que a cadáveres respecta, era una norma de lo más comprometida.

Aquel día, Gillian se sintió satisfecho de su experiencia en el laberinto subterráneo de la ciudad, que le permitiría jugarle una mala pasada a Lysander. Podría parecer inmaduro o infantil, pero a él le resultaba extraordinariamente placentero.

Sostuvo la flameante lámpara por encima de la cabeza, muy alta y ligeramente inclinada hacia delante. Sabía que no le bastaría con vigilar sus pies, allí abajo el peligro podía provenir también de arriba, en la mayoría de los casos en forma de vías de escape excavadas en las bóvedas que llevaban a uno u otro refugio de diversas bandas de delincuentes. Lo último que Gillian necesitaba añadir a su lista de preocupaciones era un encontronazo con esa chusma.

Una gélida corriente de aire ululaba por los pozos arras-trando un sinfín de ruidos diferentes. Los omnipresentes chasquidos de las ratas quedaron ahogados por voces distantes y cantos de borrachos. Una vez más, Gillian se preguntó por qué Lysander habría establecido precisamente allí su escondite. Probablemente contaba con influencia suficiente como para haber logrado alojarse en alguno de los viejos palacios.

Sin embargo, Lysander no era la clase de persona que se escondía como una rata en un agujero húmedo. Si se ocultaba entre bóvedas y sótanos era por algún motivo en concreto, una razón por la cual, de todos los lugares posibles, había elegido precisamente el subsuelo del Hofburg. Debió costarle una fortuna aislar sus dominios del mundo exterior. Solo los sobornos a los capitanes de la ciudad debían alcanzar cifras astronómicas. El dinero, no obstante, nunca había sido un obstáculo para Lysander.

El Palacio Imperial del Hofburg, con sus dieciocho alas, sus más de cincuenta escaleras y sus cerca de tres mil habitaciones, era una residencia como la que a Lysander le hubiera gustado. Al no ser así, tuvo que contentarse con su sótano o, al menos, con uno de ellos. De no haber conocido bien a Lysander, aquella observación quizá le hubiera robado una sonrisa a Gillian, pero en aquel momento no sentía más que malestar, entremezclado con el frío aliento del miedo.

Atravesó encorvado una arcada en cuyo centro susurraba un fino reguero de agua. La luz de la lámpara se deslizaba intermitente sobre su superficie. En algún lugar al final de aquel túnel había un pozo que llevaba directamente a la vieja fresquera del Hofburg. Había oído que aquella habitación ya no se utilizaba, pero a buen seguro no sería bienvenido allí.

Encontró la puerta de inmediato pero no logró abrirla en seguida. Aunque Gillian era rápido y habilidoso, desde siempre había carecido de gran fuerza, una particularidad inherente a su naturaleza andrógina. Si para entrar en el sótano era imprescindible la violencia, entonces no lo conseguiría.

Tras una rápida búsqueda halló un mecanismo oculto, una diminuta palanca que, mediante algunos certeros golpes con el borde de la lámpara, logró mover de la posición en la que permanecía fija por culpa del óxido. Después de aquello,

pudo tirar de la placa metálica sin problema. Las bisagras chirriaron. Gillian maldijo en silencio. Allí abajo el eco era imprevisible y nunca se podía saber a ciencia cierta qué sonidos expulsaría.

Cerró la compuerta tras de sí y, al hacerlo, se dio cuenta de que el pestillo volvía a encajarse solo. La marcha atrás quedaba así eliminada por el momento. Únicamente podía esperar que no fuera necesario salir huyendo.

El angosto túnel concluía por debajo de una nueva placa metálica, lo suficientemente pesada como para que Gillian tuviera que esforzarse al máximo. Finalmente, logró arrastrarla mitad de su superficie a un lado y se deslizó jadeando por el hueco resultante. Una vez alcanzada la meta, se sacudió el polvillo de óxido de la ropa, pero dejó la entrada abierta.

Cuando miró a su alrededor, vio que sus expectativas estaban justificadas. La fresquera estaba muerta y saltaba a la vista que no se había utilizado en años. Bajo la tenue luz de la lámpara, ofrecía una visión imponente.

Una edificación circular, de unos cinco pasos de diámetro, se enroscaba en la oscuridad hasta los diez metros de altura. A su alrededor, las paredes de la cámara estaban pertrechadas desde el suelo hasta el techo con los antiguos compartimentos, que permanecían vacíos. Antaño, durante los inviernos, se había llenado la estancia con bloques de hielo procedentes del Danubio, que a esa profundidad se conservaban durante todo el año. Los alimentos podían, así, durar meses, incluso seiscientos años atrás, cuando se construyó el sótano del Hofburg. Las quebradizas paredes de la cámara frigorífica se iban abriendo en desconches negros, creando raras ilusiones ópticas a la luz de las lámparas. De algunas de las oquedades surgía el silbido de auténticos enjambres de ratas.

Una escala de cuerda, colocada como un eje en el centro de la despensa, se extendía desde el suelo hasta el techo, donde concluía en una trampilla y quedaba sujeta bajo una piedra. Gillian se ajustó la lámpara al cinturón y tiró con cuidado del extremo inferior de la escala. La madera parecía vieja y resquebrada; sería difícil que pudiera soportar su peso. La cuerda, por su parte, tenía aspecto de estar medio podrida y carcomida.

Gillian sólo dispondría de una oportunidad.

Inició el ascenso con precaución. Entre los escalones ondeaban telas de araña, pero la subida no le supuso ninguna dificultad. La escala oscilaba ligeramente, giraba sobre sí misma, daba muestras de sobrecarga, pero resistía. El suelo cada vez quedaba más lejos: cinco metros, seis metros... Gillian procuraba mirar sólo hacia arriba, a la trampilla que, aun con la tenue luz de la lámpara de mano, podía vislumbrar sobre su cabeza. La sombra de su cuerpo recortada sobre el techo ofrecía una forma grotesca que se extendía por la cubierta de la fresquera como una nube de tormenta.

Cuando Gillian se encontraba ya a tan solo dos metros del techo, un súbito resplandor surgió del marco de la trampilla que, instantes después, se alzaba. Contra la luz amarillenta se recortaron dos siluetas corporales, que extendieron la cabeza y los brazos hacia la abertura.

Los músculos de Gillian se volvieron de piedra. El abismo a sus pies, apenas a seis o siete metros, parecía no tener fin.

Una de las figuras sostenía una vela sobre el hueco de la trampilla. La cera goteaba sobre las mejillas de Gillian. La llama iluminó dos rostros completamente idénticos, inexpresivos y enjutos, con el cabello prácticamente cano. Era imposible calcular su edad, puesto que, al menos desde que Gillian

les conocía, habían tenido siempre el mismo aspecto. Stein y Bein<sup>1</sup>, los sirvientes gemelos de Lysander. Solo el diablo sabría dónde los habría encontrado, o si había sido él quien les había dado esos nombres. De haber tenido otros, hacía mucho tiempo que habían caído en el olvido.

Los finos labios del que sostenía la vela, quien, según supuso Gillian, se trataba de Stein, se torcieron en una sonrisa irónica.

—¡Pero si es la visita del amo!

—Pero, ¿qué está haciendo aquí? —preguntó Bein, sonriendo a su vez—. ¿Será que se siente a gusto ahí colgado?

Gillian sintió cómo las manos comenzaban a dolerle de pronto. Debía bajarse de aquella escalera tan rápido como le fuera posible, pero no se atrevía a descender. Era consciente de lo que aquel par haría entonces.

Sin embargo, en cualquier caso, parecían que aquel fuera precisamente su propósito inicial.

Stein acercó la vela a la cuerda podrida. Unas pulgadas más, y el cabo ardería como una tea.

—¿Crees que le gustaría? —le preguntó a su hermano gemelo.

Bein se carcajeó con maldad.

—Nunca se sabe.

—¡Dejad de hacer estupideces! —les gritó Gillian—. Lysander quiere verme, así que más vale que me ayudéis a subir.

—Eso es cierto —dijo Stein.

—Pero, ¿especificó que quisiera verlo vivo? —repuso Bein.

—No lo recuerdo.

---

1 «Stein und Bein» es un juego de palabras, una fórmula enfática de repetición, como pudieran serlo en español «a troche y moche» o «rayos y centellas». (*N. de la T.*)

—Qué lástima.

—Una auténtica lástima.

Gillian perdió el dominio de sí mismo. En un acto de provocación, ascendió dos peldaños más y les bramó directamente en la cara:

—¡Jugad a vuestros juegucitos con otros! ¡Estoy aquí por invitación de Lysander!

—Pero el camino no era el que él quería —repuso Stein, siempre hacia su hermano.

Nunca hablaban directamente con nadie que no fuera su amo, o entre ellos: era uno de sus peculiares hábitos. Otro era su marcada tendencia al sadismo.

Stein acercó aun más la vela a la cuerda. Una ligera bocanada de aire bastaría para que la llama alcanzara el cáñamo reseco. Otra gota de cera cayó sobre el rostro de Gillian.

—Es imposible oír nada de lo que dice este hombre —comentó Stein con una calma diabólica.

—Bueno, en realidad no es un hombre —replicó Bein.

—Pero tampoco una mujer.

—Es un poco de cada cosa. Un precioso chico-chica.

—Un chico-chica, sí, exacto.

—Deberíamos pedirle que se desnudara.

—Sí —aprobó Stein—, nos gustaría ver qué aspecto tiene alguien como él.

—¿Tendrá pecho?

—Si lo tiene, es más bien plano.

—¿Tendrá barba?

—Yo no veo nada de vello desde aquí.

—¿Tendrá...? —los dos estallaron en risitas pueriles, que no se correspondían con sus ajados rostros.

La mente de Gillian bullía, pero sus pensamientos iban en círculos. Ya se había encontrado con anterioridad en situa-

ciones sin salida, pero en la mayoría de los casos había tenido que enfrentarse a contrincantes normales, no a dementes.

Quería decir algo, cualquier cosa que apartara la llama de la cuerda, pero no se le ocurría nada.

—¡Stein! ¡Bein! —dijo una voz serena a su espalda—. Gillian no es un juguete... para vosotros.

Con un bufido que quizá indicara indignación, Stein retiró la vela. Entonces, los gemelos extendieron las manos hacia Gillian. Su tacto le resultaba de lo más nauseabundo, pero aquella era la manera más rápida y segura de ascender.

Los dos hermanos llevaban cada uno una librea de sirviente con los cuellos de la camisa reforzados y un chaleco negro. Se movían como raquíticos insectos, frágiles, pero llenos de fuerza.

La trampa daba a una cámara con las paredes de ladrillo marrón. La vela de Stein y la lámpara de Gillian constituían la única iluminación de la estancia. Una vieja puerta de tablones colgaba torcida de los goznes.

Los gemelos le guiaron a través de numerosos pasillos y almacenes vacíos hasta el vestíbulo subterráneo. Las paredes estaban revestidas de madera; el suelo, enterrado bajo capas de alfombras. Diversos candelabros proporcionaban luz y calor. De las láminas que forraban los muros colgaban innumerables cuadros. Gillian conocía alguno que otro de sus ocasionales visitas a las galerías de Viena. Lysander no se conformaba con falsificaciones: lo que había en sus paredes era real.

Después de que su intervención salvara la vida de Gillian, Lysander debía haberlos adelantado, puesto que no había aparecido ni rastro de él ni en el pasillo subterráneo, ni en la trampa.

Sin embargo, se encontraba ya al otro extremo de la sala, sobre algunos escalones. Estaba de espaldas a su invitado y a

los gemelos, absolutamente concentrado en un lienzo colocado ante él sobre un caballete. En un segundo armazón se encontraba un cuadro enmarcado: *El invierno*, de Giuseppe Arcimboldo. El italiano fue, antaño, pintor de la corte de Viena. La pintura representaba el perfil de una figura peculiar: mitad hombre, mitad planta. De su cráneo surgía una grotesca maraña de ramas.

Lysander vestía las telas más exquisitas, de un blanco resplandeciente. Su espalda, ligeramente arqueada, ofrecía una imagen poco habitual. Se había anudado al cuello una estola de piel. Todo lo que Gillian podía ver de él era el cabello gris claro de la nuca. Aparentemente, Lysander no consideraba necesario girarse para recibir a su invitado y, en lugar de eso, seguía consagrado a las pinceladas y colores de su lienzo. Evidentemente estaba copiando el cuadro de Arcimboldo, solo que desde una perspectiva diferente: desde atrás. Era una vieja manía de Lysander. Le encantaba reinterpretar famosas obras de arte viéndolas desde atrás, creando detalles nuevos, invisibles en los originales.

Gillian se percató de que los cuadros robados de las galerías de Viena ocupaban únicamente la pared derecha del salón, mientras que en el lado izquierdo se encontraban las visiones opuestas que Lysander había realizado con talento singular.

Los gemelos retuvieron a Gillian cuando este trató de aproximarse a su señor. Los separaba una distancia de entre diez y doce metros.

—¿No puedo acercarme? —preguntó Gillian, sacudiéndose de encima las manos de los dos sirvientes.

—No.

La voz de Lysander sonaba igual de suave que en su recuerdo, pero mucho menos joven. Difícilmente podía haber envejecido tanto en los años que llevaban sin verse. «Quizás esté resfriado», pensó Gillian, algo falto de convicción. No ha-

bía nada fuera de lo convencional en el sótano, aparte del hecho de que estuviera decorado con lujo regio. De no haber sabido a ciencia cierta que se encontraba bajo tierra, apenas habría sido capaz de adivinarlo, a no ser, quizás, por la total ausencia de ventanas.

Lysander carraspeó ligeramente, pero la ronquera, o la edad, no desapareció.

—Has tomado un camino diferente a aquel por el que te pedí que vinieras. ¿De verdad crees que es necesario que me demuestres algo?

Aquella declaración pilló a Gillian desprevenido, por lo que dudó un instante antes de contestar.

—Me sentí aliviado al comprobar que tus criaturas no han bajado la guardia. Mereció la pena solo por poder asegurarme.

Al oír la palabra «criaturas», Stein y Bein contuvieron agresivamente el aliento, algo que llenó a Gillian de muda satisfacción.

Lysander permanecía con la espalda vuelta hacia él.

—Tengo un encargo para ti.

«Pues claro que tienes un encargo para mí », pensó Gillian, «por eso estoy aquí».

—Por favor, dime, si eres tan amable —prosiguió Lysander, con cortesía—: ¿conoces el tercer cuadro de la derecha, en la fila inferior?

Perplejo, Gillian dirigió la vista a los originales y buscó la pintura indicada. Mostraba una isla rocosa en medio de un mar en calma, de un color verde oscuro. En medio de la formación geológica se alzaban algunos árboles, concretamente cipreses. Una barca de remos se aproximaba a la isla. Sobre su cubierta, había una figura vestida de blanco, que contemplaba el paraje helado con los brazos cruzados.

Gillian no había visto nunca aquel cuadro.

—No —respondió.

—Lo mandé pintar hace casi diecisiete años, en Florencia, a un suizo llamado Böcklin —explicó Lysander, mientras daba un par de pinceladas más a su propia obra. El caos de ramas le recordaba a Gillian a un pulpo—. Se lo encargué a una persona de mi confianza, la condesa de Oriola, quien por cierto era una joven con un excepcional conocimiento de arte. Es decir, por aquel entonces era una joven. Ahora es viuda, si se me permite añadirlo.

Gillian se preguntó, confuso, a dónde querría llegar Lysander quien, por su parte, continuó con su explicación.

—La condesa describió a Böcklin el motivo que yo deseaba y él realizó esa maravillosa pintura. Una obra de arte, sin duda. Le permití que bautizara mi encargo como *La isla de los muertos*. El buen hombre ha realizado desde entonces varias versiones más, pero ninguna puede compararse con mi original.

—No pongo en duda tu amor por el arte, Lysander, pero...

Gillian no llegó a terminar la frase.

—No seas tan impaciente, amigo mío. Creía que la paciencia era una de las virtudes de tu gremio. La pintura que has visto ahí tiene un importante valor simbólico para mí. *La isla de los muertos*... El nombre lo dice todo, ¿verdad? —Lysander se rio con suavidad y siguió realizando audaces pinceladas sobre el lienzo—. Esa isla, querido, reproduce aproximadamente un lugar real, muy arriba, en el norte de Prusia —dudó un instante—. ¿No se llama así? ¿Prusia? Como sea. Irás allí y te encargarás de que el cementerio que Böcklin realizó en mi encargo no siga siendo solo una ensoñación.

—¿Quién es esta vez?

—No lo conoces. Nestor Nepomuk Institoris. Un antiguo enemigo. Dicho suavemente.

Gillian no recordaba haber escuchado nunca aquel nombre. «Un antiguo enemigo». Estiró los hombros.

—Ya no me dedico a eso, Lysander. Hace años que lo dejé.

—Oh —repuso este, sin siquiera bajar el pincel—, no pasa nada. Retomarás tu antiguo oficio. Por mí.

No tenía sentido replicarle. Nadie le replicaba a Lysander. Gillian optó por decir:

—La mitad de los bajos fondos de Viena te paga tasas y Dios sabe quién más. ¿No hay entre toda esa gentuza nadie que pueda encargarse de algo así?

—Muchos —respondió Lysander—. Cientos, quizás. Pero quiero que seas tú quien lo haga. No me gusta romper antiguas tradiciones. Pago bien.

—Sabes que no me interesa tu dinero.

—No hablo de dinero. El precio es tu alma, Gillian. Nunca volveré a molestarte.

Gillian mudó de rostro.

—Eso ya me lo prometiste una vez.

—¿Y no te he dejado tranquilo durante seis años? —Lysander suspiró sonoramente—. Esta vez tienes mi palabra: este encargo será el último.

Gillian sabía que no tenía elección.

—Dame los detalles —le pidió, cansado— y ten el detalle de volverme la cara.

—No es necesario ni lo uno ni lo otro —el pincel repartía pintura verde y marrón, golpe a golpe, rama a rama—. Mis dos ayudantes te darán una carta durante el trayecto a la estación. En ella se especifica todo lo que necesitas saber.

—¿El trayecto... a la estación? —la boca de Gillian se le secó de repente. ¡No podía estar hablando en serio!

—Es indispensable que partas de inmediato —continuó Lysander, imperturbable—. Tu tren sale de Viena a las ocho y

diez. Stein y Bein saben cuándo y dónde debes realizar los transbordos —y añadió—: será un viaje largo, llévate un libro.

—No puedo desaparecer de Viena así como así —exclamó Gillian, furioso—. Tengo cosas que hacer, compromisos que debo respetar. No quiero que otras personas...

El pincel prosiguió su labor.

—¿De qué personas me hablas?

Lysander se libraría de todos ellos, uno detrás de otro.

Gillian se tragó su propia rabia.

—De acuerdo —repuso en un tono que delataba una resignación llena de rabia—. De acuerdo, Lysander, me voy.

—No me cabía ninguna duda.

Gillian sintió el irrefrenable impulso de coger el maldito pincel y clavárselo a Lysander en plena pupila. «Algún día», se juró a sí mismo, «algún día tendré la oportunidad».

Stein y Bein se colocaron nuevamente en sus flancos y los tres se dirigieron a la puerta.

Mientras salían, Lysander añadió:

—Dale un recado a Nestor antes de matarlo.

—¿Un mensaje para un muerto? ¿Qué sentido tiene eso?

—Él lo entenderá. Apréndete bien cada palabra.

El hermafrodita se encogió de hombros y asintió con sumisión.

—¿Qué tengo que decirle?

Durante unos instantes, segundos de silencio incómodo, nadie dijo una palabra. Entonces, Lysander musitó:

—Dile a Nestor que el sembrado tiene una nueva rueda.